

Mi nombre, mi imágen, mi espada, todo esto da miedo... Fuerza es rendirse... A llamar voy á mis mariscales, y ya notareis su alegría, cuando les saque de embarazos, y les autorice á obrar á semejanza de Marmont sin que les cueste la honra.....—

Este completo desprendimiento de las cosas, esta indulgencia respecto de las personas se asociaban en Napoleon á la grandeza de su espíritu y al convencimiento de sus inmensas faltas. Con efecto, si sus infatigables lugartenientes se encontraban hoy tan cansados, consistía en haber tocado ya el término de las fuerzas humanas, y en no haber sabido ajustarse á la medida de los hombres, ni de las cosas. No eran ellos únicamente los cansados, lo estaba tambien el universo, y su defeccion no reconocía otro origen. Pero despues de tales faltas cuadra bien al genio conocerlas, adquirir en este conocimiento una noble justicia, y rajar así en esa elevacion de lenguaje que da tanta dignidad al infortunio.

Despues habló Napoleon de la suerte que se reservaba á su persona. Aceptó la isla de Elba, y en lo que le concernia se mostró muy acomodaticio.—Ya lo sabeis, dijo á Mr. de Caulaincourt, no necesito de nada. De mi dotacion tenia economizados ciento cincuenta millones, que me pertenecian como pertenecen á un empleado los ahorros que hace de su sueldo. Todo se lo he dado al ejército, y no me pesa. Que se dé con que vivir á mi familia y no exijo otra cosa. Lo que es mi hijo será archiduque, tal vez esto le conviene mejor que el trono de Francia. ¿Si ascendiera á él, sería capaz de mantenerse por ventura? Pero yo quisiera para él y para su madre la Toscana. Este estable-

cimiento, próximo á la isla de Elba sería muy de su agrado, y así tendría yo medio de verlos.—

A esto respondió Mr. de Caulaincourt que jamás tendría tal dotacion el rey de Roma, y que, gracias á Alejandro, todo lo mas se le daría Parma.—¡Qué, exclamó Napoleon, ni la Toscana en cambio del imperio de Francia!—Y se sometió á las reiteradas afirmaciones de Mr. de Caulaincourt. Despues de hablar de su hijo, se ocupó Napoleon de la emperatriz Josefina, del príncipe Eugenio, de la reina Hortensia, y persistió en que se asegurara su suerte.—Por lo demás, dijo á Mr. de Caulaincourt, todas estas cosas se harán sin trabajo, porque no ha de haber la mezquindad de sujetarlas á disputa. Mas sobre todo conviene pensar en el ejército y en Francia. Puesto que dejó el trono, y que hago más, pues depongo mi espada, teniendo aun tantos medios de hacer uso de ella. ¿No tendré el derecho de aspirar á alguna compensacion? ¿No se podría mejorar la frontera francesa, puesto que la fuerza que de aquí resulte para Francia no estará en mis manos, sino en las de los Borbones? ¿No se podría estipular para el ejército el mantenimiento de sus ventajas, tales como grados, títulos y dotaciones? ¿No se podría tambien, lo cual sería muy grato, conservar le esos tres colores, que ha llevado con tanta gloria á todas las partes del mundo? Puesto que al fin nos rendimos sin pelear, cuando aun nos sería fácil derramar tanta sangre, ¿no se nos debe alguna cosa, y mas, siendo yo el único que no me he de aprovechar de nada, yo que soy objeto de todos los odios y de todos los temores?—Ampliando este tema, que le tocaba en lo vivo del alma, Napoleon que-

ria que se estipulase algo á favor de Francia y á favor del ejército. Mr. de Caulaincourt le desengañó acerca de este punto, demostrándole que no le seria dado tratar de estos intereses tan grandes y dignos de respeto; que, sentado el principio de su destitucion, la facultad de representar á Francia y de negociar en su nombre habia pasado al gobierno provisional, y de consiguiente no se atenderia á nada de cuanto dijera en tal sentido.—Pero ese gobierno provisional, repuso Napoleon, ¿qué otra fuerza tiene que la mia, la que yo le presto, manteniéndome aqui en Fontainebleau con las reliquias del ejército? Asi que yo esté sometido y el ejército de igual modo, se hallará reducido á la mayor impotencia. Aun se le escuchará menos que á nosotros, y se verá obligado á rendirse á discrecion.—

Tal era la situacion, y no se podia pintar mas al vivo; pero el que la deploraba de esta suerte era su principal autor, y tenia que resignarse á ella como á todo. Mr. de Caulaincourt se aplicó lo mejor que pudo á hacer que comprendiera esto, porfiando en cierto modo tan grave personaje para que se fijara Napoleon en el único que le atañia desde entonces, esto es, en su persona y en su familia, impaciente el antiguo soberano del mundo se expresó en esta forma:—¡Se me quiere reducir á que discuta sobre mezquinos intereses de dinero!... Eso es indigno de mí... Vos, Caulaincourt, ocupaos de mi familia. Yo no necesito de nada... Que me den la pension de un inválido, y tengo bastante.—

Despues de estas pláticas, en que invirtieron la noche y la madrugada del 6 de abril, despues

de la redaccion del acta que contenia su abdicacion definitiva, y en la cual puso Napoleon grande esmero, volvió á llamar á los mariscales para que tuviesen noticia de sus últimas resoluciones. Admitidos á su presencia é ignorantes de lo que habia decidido, renovaron sus lamentos; otra vez empezaron á decir que el ejército se hallaba extenuado, que ya no tenia sangre que derramar á fuerza de la mucha que habia ya vertido; y tan anhelantes se manifestaron de correr al lado del gobierno provisional, que llegaron acaso á faltar por primera vez á Napoleon al respeto, si les opusiera resistencia. Mas luego de usar de cierta especie de malicia, con dejarlos en tal ansiedad por algunos instantes, les dijo:—Tranquilizaos, señores; ni vosotros, ni el ejército necesitareis verter ya mas sangre. Consiento en abdicar pura y simplemente. Por vosotros, por mi familia, hubiera deseado asegurar la sucesion del trono á mi hijo. Mas provechoso que á mí os fuera, segun creo, este desenlace, porque hubiérais vivido bajo un gobierno en consonancia con vuestro origen, con vuestros sentimientos y con vuestros intereses... Esto era posible; mas un indigno abandono me ha privado de una situacion que aspiré á crear en vuestro beneficio. A no ser por la defecion del sexto cuerpo hubiéramos podido esto y algo mas, hubiéramos podido restaurar la Francia... Pero las cosas han sucedido de otro modo... Me someto á mi suerte, someteos á la vuestra... Resignaos á vivir bajo los Borbones, y á servirlos fielmente... Habeis deseado reposo, y lo tendreis de seguro. ¡Mas, ah, Dios quiera que me engañen mis presentimientos! Nosotros no éramos una ge-

neracion formada para el descanso. La paz segará á mas de vosotros sobre vuestros lechos de plumas, que la guerra en nuestros vivaques.—Despues de estas palabras pronunciadas en tono triste y solemne. Napoleon les leyó el acta de su abdicacion concebida en esta forma.—

«Habiendo proclamado las potencias aliadas »que el emperador Napoleon era el único obstáculo para la paz en Europa, fiel el emperador Napoleon á sus juramentos, declara que renuncia »por sí y por sus herederos á los tronos de Francia »y de Italia, porque ningun sacrificio personal »hay, incluso el de la vida, que no esté pronto á »hacer en interés de Francia.»

Al oír esta lectura, los lugartenientes de Napoleon se precipitaron sobre sus manos para darle gracias por su sacrificio, y le repitieron lo que ya habian dicho á propósito de su abdicacion condicional, esto es, que al descender así del trono, se mostraba mas grande que nunca. A su secreto regocijo permitió estas últimas lisonjas, y les dejó decir, porque no quiso ni rebajarlos ni rebajarse con miserables recriminaciones. ¿Y quién les habia hecho tales en suma? Solo él con el despotismo que habia quebrantado su carácter, con las guerras sin término que habian consumido sus fuerzas: no tenia, pues, derecho para quejarse, y obraba noblemente reconociendo las consecuencias inevitables de sus errores, y sometiéndose á ellas sin ruido humillante para sí ni para los otros.

Despues se convino en que Mr. de Caulaincourt, acompañado por los mariscales Macdonald y Ney como antes, se dirigiera á París para llevar á Alejandro el acta definitiva de su abdicacion,

acta de que seria único depositario, y que deberia cangear por el tratado que asegurara á la familia imperial un tratamiento decoroso. Una vez mas insistió Napoleon en que no se hicieran esfuerzos, si para salir bien eran necesarios, mas que á favor de su hijo y de sus parientes. Tras de esto despidió á los mariscales, y estrechó la mano á Mr. de Caulaincourt, siempre depositario principal de su confianza.

Apenas cundió por Fontainebleau esta noticia, se apareció la tristeza por las filas de los viejos soldados. Al revés los oficiales de alta graduacion experimentaron un inmenso alivio. Con efecto, se podia abandonar al antiguo señor por el nuevo sin grande embarazo. Los mas de los mariscales discurrieron acerca de cómo se compondrian para que llegara su adhesion al gobierno provisional. De buen grado fiaran á Mr. de Caulaincourt este cometido, si su altivez no bastase á atajar tal linaje de confianza. Pero ya tocaba á término su suplicio, y veinte y cuatro horas iban á ser suficientes para que abundasen los modelos de adhesiones, con firmas capaces de dejar á los mas escrupulosos á sus anchas.

Inmediatamente volvieron á partir Mr. de Caulaincourt y los dos mariscales para París, adonde llegaron el 6 de abril á hora muy avanzada. Ya á media noche se hallaban en la mansion del emperador Alejandro, que les esperaba con extremada impaciencia, de la cual participaban tambien el gobierno provisional y sus numerosos adictos. Aunque la defeccion del sexto cuerpo hubiese disminuido los temores que Napoleon inspiraba todavía, aunque las seguridades dadas por el maris-

cal Ney y por los demás personajes militares, con quienes se habia entablado correspondencia, hubiesen dejado poca duda acerca de la próxima adhesion del ejército, siempre reinaba un sentimiento de terror al considerar todo lo que aun podia acometer aquel genio infernal, segun se le llamaba, que se habia retirado á Fontainebleau, y á quien se honraba con el miedo que se le tenia, hasta al aspirar á deshonrarle con un desenfreno inaudito de injurias. A no escaso júbilo dió margen el mariscal Ney al decir á los mas anhelosos en el palacio de la calle de San Florentino que podian tranquilizarse, pues llevaban la abdicacion pura y simple. Cuando los enviados de Napoleon entraron donde estaba el emperador Alejandro, este príncipe que reservaba siempre á Mr. de Caulaincourt su primer apretón de mano, se dirigió ahora al mariscal Ney para darle gracias por lo que habia hecho, y decirle que entre los servicios que habia prestado á su patria, no era el último el menor de todos. Con esto aludia el monarca ruso á la carta del dia antes, en la que se vanagloriaba el mariscal Ney de ser quien habia decidido lo de la abdicacion, prometiendo llevar el acta formal. Ignorando Mr. de Caulaincourt y el mariscal Macdonald la existencia de esta carta, y no habiendo visto nada que les pudiera hacer considerar al mariscal Ney como autor de las últimas resoluciones de Napoleon, se manifestaron singularmente sorprendidos, é hicieron notar su sorpresa al mariscal Ney, quien apareció muy turbado. Alejandro se apresuró á hacer estensivas á los otros dos negociadores las gracias que dirigió no mas que al mariscal Ney al principio; y enterado de las condiciones

bajo que entregarían el acta esencial de que eran depositarios, no tuvo que objetar cosa alguna. Con todo, respecto de la isla de Elba declaró que cumpliría su promesa, por consecuencia de creerse ligado de resultas de algunas palabras que habia dicho á Mr. de Caulaincourt; pero que sus aliados juzgaban esta concesion imprudente y la censuraban á las claras, si bien á pesar de todo se haria lo que habia ofrecido; que relativamente al rey de Roma y á María Luisa lo menos que se podia hacer era darles un principado en Italia; y que Austria iba á recuperar territorios de sobra en esta comarca, para que anduviese en regateos con su propia hija; que respecto asi de los hermanos de Napoleon como de su primera muger y de sus hijos adoptivos, el príncipe Eugenio y la reina Hortensia, se haria cuanto fuese debido; que se comprometia á ello personalmente; que, si la necesidad lo exigia, su ministro Nesselrode se constituiria defensor de los intereses de la familia Bonaparte, y que no habia mas que entenderse con este ministro, sin perjuicio de recurrir á su persona, si se suscitaban dificultades. A Mr. de Caulaincourt retuvo el emperador Alejandro al despedir á los negociadores, y todavía se expresó mas francamente con este noble personaje, á quien siempre trataba como amigo. Le declaró que las noticias que acababa de recibir del levantamiento de los campesinos franceses sin alarmarle, le inquietaban algun tanto, porque estos campesinos habian degollado á un gran destacamento ruso en los Vosgos. Despues se mostró compadecido de lo mucho que se iban á multiplicar en torno de Napoleon los casos de abandono, y recomendó que no perdiera tiem-

po en arreglar cuanto le atañía, porque á la sazón hacian grande progreso dos cosas, la vileza de los servidores del imperio y la embriaguez de los servidores de la antigua dinastía. Esto le dió margen á hablar de los Borbones con singular libertad y lo propio de sus amigos; se manifestó lleno de sorpresa, de disgusto y de enojo, de resultas de lo que veía por todas partes, y dijo que despues de tomarse tanto trabajo por librarse de las locuras belicosas de Napoleon, no menor faena costaria garantirse contra las locuras reaccionarias de los realistas. Tras de lo cual despidió á Mr. de Caulaincourt, ofreciéndole toda su amistad para sí propio, y su apoyo para el infortunio de Napoleon.

Aun despues de la destitucion pronunciada por el Senado, el temor que desde Fontainebleau inspiraba Napoleon de continuo, habia contenido á los realistas, y les impidió entregarse á todas sus pasiones. Ya les tranquilizó mucho la defeccion del sexto cuerpo, que reducía á Napoleon á una absoluta impotencia; pero al saber su abdicacion pura y simple, esto es, la entrega hecha por sí mismo de su terrible espada, no pusieron coto á la explosion de sus sentimientos. Nada era mas natural y legítimo que, despues de tantos padecimientos, de tanta efusion de sangre, de tantos desastres públicos y privados, se manifestasen gozosos de tornar á ver á los príncipes con quienes habian sido jóvenes, ricos, poderosos y felices. Pero que al gozo añadieran todos los furors del odio triunfante. ¡Ah, nada mas natural y legítimo de igual manera, pero tampoco mas lamentable para la dignidad de Francia! Con efecto, jamás en ningun pais y en ningun tiempo se ha superado la

explosion de cólera que marcó la destitucion de Napoleon ya comprobada, y hay que reconocer que los partidarios de la dinastía de los Borbones, calificados de realistas, no fueron los únicos en vociferar las mas violentas injurias. Reducidos hasta el presente los padres y madres de familia á maldecir en secreto esta guerra que devoraba sus hijos, y libres ya de soltar la rienda á sus sentimientos, no designaban á Napoleon sino con los nombres mas atroces. No fueron mas maldecidos Neron en los tiempos antiguos y Robespierre en los modernos. Comunmente se le apodaba *el Ogro de Córcega*. Se le representaba como un mónstruo ocupado en devorar á generaciones enteras para saciar una rabia de guerra insensata. Un escrito preparado secretamente por Mr. de Chateaubriand en las últimas horas del imperio, bien que solo publicado al abrigo de las bayonetas extranjeras, era la fiel expresion de este desbordamiento de odios sin iguales. En un estilo en que no parecia sino que la pasion sobrexcitaba el mal gusto, que se advierte en este escritor con harta frecuencia, Mr. de Chateaubriand atribuía á Napoleon todos los vicios, todas las vilezas, todos los crímenes. Este escrito era leído en París con avidez increíble, y de París pasaba á las provincias, excepto, sin embargo, las invadidas por el enemigo, ¡singular contraste! las provincias que padecian mas de resultas de las faltas de Napoleon le miraban menos malévolamente que las otras, porque persistian en considerarle como el intrépido defensor del territorio. Pero en todos los demás puntos la cólera iba en aumento, y como un hombre irritado se irrita aun mas gritando, el espíritu público parecia embriagarse con

su propia furia. El asesinato del duque de Enghien, sobre el cual se había callado tan largo tiempo, la pérdida de Bayona, donde sucumbieron dos príncipes españoles, daban asunto á las relaciones mas negras, como si la verdad, ya harto grave del suyo, necesitara el aditamento de la calumnia. Así la vuelta de Egipto como la vuelta de Rusia se calificaban de cobarde abandono del ejército francés comprometido. Se decía que Napoleón no había hecho una sola campaña que verdaderamente fuera brillante. En su larga carrera solo había tenido algunos sucesos felices, alcanzados á fuerza de hombres. Corrompido el arte militar en sus manos, había venido á ser una verdadera carnicería. Su administración, tan admirada hasta entonces, no había sido mas que una horrible fiscalización destinada á sacar al país su último escudo y su último hombre. La inmortal campaña de 1812 no era mas que una serie de extravagancias inspiradas por la desesperación. Finalmente, una orden dada por la artillería en la batalla del 30 de marzo, sin conocimiento de Napoleón que se hallaba á veinte y cuatro leguas de distancia, y por la cual se prescribía destruir las municiones de Grenelle para privar de ellas al enemigo, se consideraba como la resolución de volar á París. Un oficial, afanoso por adular las pasiones del día, se jactaba de haberse negado á la ejecución de este orden espantoso. Se propalaba que el monstruo había querido destruir á París como hace saltar su nave un corsario, con la diferencia de que no se hallaba dentro de la nave. Por lo demás, se añadía, no era francés, y había que congratularse de ello por honor de Francia. Su apellido de *Buona-*

parte lo había cambiado por el de *Bonaparte*, y *Buonaparte* había que llamarle en lo sucesivo. Tampoco el nombre de Napoleón debía corresponderle. Napoleón era un santo imaginario; el nombre de Nicolás había que anteponer á su apellido. Además se decía que este monstruo, este enemigo de los hombres, era un impío. A la par que en público iba á oír misa á su capilla ó á Nuestra Señora en su intimidad hacia profesion de ateísmo con Monge, Volney y otros. Era duro, brutal, maltrataba á sus generales, ultrajaba á las mugeres, y como soldado no era mas que un cobarde. ¡Y la Francia, se exclamaba, había podido someterse á semejante hombre! No se podía explicar esta aberración sino por la ceguedad que sigue á las revoluciones. A este desenfreno de palabras se añadieron actos de la misma naturaleza. La estatua de Napoleón, á la cual se echó sin fruto una soga para derribarla el día de la entrada de los aliados, atacada algunos días despues con los medios del arte, fué descendida de la columna de Austerlitz á un oscuro almacén del Estado, y al contemplar el monumento gozaba el odio público la satisfacción de no descubrir mas que el vacío sobre su cúspide desnuda.

Tal era la explosión de cólera á la cual, por efecto de una terrible mudanza de las cosas de aquí abajo, debía asistir en vida el hombre mas adulado durante veinte años, el que mas había disfrutado de la admiración estupefacta del universo. Por lo demás, era harto grande para no sobreponerse á indignidades de esta especie, y harto culpable tambien para no conocer que había dado margen á este cruel giro de la opinión con

sus actos. Pero habia en este espectáculo algo todavía mas triste, las adulaciones prodigadas al propio tiempo á los soberanos aliados. Sin duda Alejandro, por la conducta que seguia y de que daba ejemplo á los otros monarcas, merecia que se lo agradeciese Francia. Pero, si nunca es ficita la ingratitud, el reconocimiento debe ser discreto cuando á los vencedores del pais propio va dirigido. No lo era entonces, y se hacia gala de encomiar la magnanimidad de los soberanos que habian sufrido tanto de manos de los franceses, y se vengaban de ellos con tanta dulzura. Cotidianamente se recordaban las llamas de Moseou, no por escritores rusos, sino por escritores franceses. No se contentaban con alabar al mariscal Blucher, al general Sacken, hombres denodados y cuyo elogio era natural y merecido en bocas prusianas y rusas, sino que se iba á buscar á un emigrado francés, al general Langeron, que servia en los ejércitos del czar, para referir con fruicion lo mucho que se habia distinguido en el ataque de Montmartre, y cuán justas recompensas habia recibido del emperador Alejandro. Así en las numerosas peripecias de nuestra revolucion grande y terrible, el patriotismo así como la libertad debia tener sus reveses, y al modo que la libertad, idolo de los corazones en 1789, llegó á ser en 1793 objeto de su aversion, tambien el patriotismo debia ser hollado con las plantas hasta el extremo de rendir homenaje al acto, criminal en todos los tiempos, de esgrimir las armas contra el pais nativo. ¡Tristes dias los de la reaccion, en los cuales profundamente agitado el espíritu público pierde las nociones mas elementales de las cosas, escarnece lo que habia ado-

rado, adora lo que habia escarnecido, y considera las mas vergonzosas contradicciones como una vuelta feliz á la verdad!

Naturalmente, si Napoleon era un monstruo á quien urgia arrancar la Francia, los Borbones eran unos principes cumplidos, á quienes se necesitaba restituirla cuanto antes como un bien legitimo de su pertenencia. Francia no les habia precisamente olvidado, porque veinte años no bastaban para que se olvidase á una ilustre familia, que ha reinado con grandeza durante siglos; pero la presente generacion ignoraba por completo cómo y en qué grado eran parientes del infeliz rey muerto en el cadalso, y del niño no menos infeliz muerto en manos de un zapatero. Se preguntaban si eran hijos, hermanos, primos de aquellos principes sin ventura, porque excepto algunas personas avanzadas en años, la muchedumbre lo ignoraba absolutamente. Pronta la lisonja á correr del llamado tirano caído á los llamados ángeles salvadores, atribuian á estos últimos todas las virtudes, y seguramente los habia que merecieran ser celebrados en tono mas formal y noble. Se decia que Luis XVI habia dejado un hermano, Luis Estanislao Javier, destinado hoy á sucederle con el nombre de Luis XVIII, el cual era sabio, hombre de letras y muy prudente; que tambien habia otro hermano, el conde de Artois, modelo de bondad y de gracia francesa; y finalmente sobrinos, el duque de Angulema y el duque de Berry, tipos del antiguo honor caballeresco. Bajo estos principes dulces, justos, poseedores de las virtudes, que una revolucion horrorosa casi habia arrebatado de la tierra, Francia, amada y estimada de Europa, hallaria el repo-

so y se lo cejaría al mundo. También hallaría la libertad que no había encontrado en medio de las orgías sanguinarias de la demagogia, y que la traerían principes aleccionados durante veinte años en la escuela de Inglaterra. Sin duda había una indisputable porción de verdad en este lenguaje de la lisonja impaciente, y todo podía resultar cierto, si las pasiones de los partidos no llegaban á corromper tan felices elementos de prosperidad y de reposo.

Sea como quiera, los Borbones tenían á su favor, además de su mérito, el poder de la necesidad. Con efecto, no pudiéndose proponer á Francia espantada la republica, aun manchada con la sangre de 1793, siendo posible la monarquia tan solo, y de las dos presentes á los espíritus entonces, la del genio y la de la tradicion, ya perdida la primera de resultas de sus esravios ¿qué quedaba sino la segunda, consagrada por los siglos y rejuvenecida por la desgracia? De consiguiente, era natural que despues de emplear algunos dias en traer á la memoria á los Borbones, se adhiriesen los mas á ellos con un ansia creciente de hora en hora.

Asi habia que darse prisa á dos cosas; á redactar la constitucion que ligara á los Borbones á su vuelta, y al propio tiempo á llamar á París al conde de Artois. Este habia permanecido oculto en Nancy, segun se ha visto, esperando el regreso de Mr. de Vitrolles, que habia ido á ponerse de acuerdo con el gobierno provisional, y resuelto á no volver al lado del principe, sin que antes fuese ventilada la cuestion de la regencia de Maria Luisa. Desechada definitivamente esta regencia, y siendo ya el llamamiento de los Borbones la unica

solucion imaginable, se necesitaba enviar de nuevo á Mr. de Vitrolles á Nancy en busca del principe. Mr. de Talleyrand y los miembros del gobierno provisional, á pesar de las exigencias de Mr. de Vitrolles, le dieron por instruccion decir al principe que sería recibido á las puertas de París con todos los honores debidos á su gerarquia; que sería llevado á Nuestra Señora para asistir á un *Te Deum*, y de Nuestra Señora á las Tullerías; que debería entrar con el uniforme de guardia nacional; que también sería de desear que adoptara la escarapela tricolor como medio seguro de captarse la voluntad del ejército; que tal era el dictamen de los hombres de luces, cuyo auxilio era á la sazón indispensable; que solamente se le reconoceria la autoridad de representante de Luis XVIII de quien tenía letras patentes; que estas letras serian sometidas al Senado, el cual, apoyandose en ellas, conferiria al principe el título de lugarteniente general del reino, entendiéndose que bajo las condiciones de la constitucion nueva.

Inspirado Mr. de Vitrolles por los sentimientos que animaban al antiguo partido realista, se declaró muy en contra de la escarapela tricolor, siendo blancos en su concepto los colores de la antigua dinastia, y emblema de su derecho inalienable; en contra de la pretension del Senado de investir por sí mismo al conde de Artois con el poder real, y sobre todo en contra de la idea de imponer una constitucion al legitimo soberano. Mr. de Talleyrand, no aficionado á controversias, y contando con el tiempo para arreglarlo todo, dijo á Mr. de Vitrolles háto ligeramente que urgia partir en busca del principe sin demora; que en el momento de

su entrada se vería el modo mejor de zanjar la dificultad de la escarapela; que en punto á constitucion, por fuerza habia que hacer una, pero que se formaria con las menores trabas que fuera posible, y que sobre todo se procuraria quitarla hasta el mas remoto viso de una ley impuesta. En su ma le repitió que urgía partir y no retardar con dificultades pueriles la marcha de los acontecimientos. Al mismo tiempo encargóle que llevara al principio la seguridad de su adhesion personal la mas absoluta.

A fin de convencer mas á Mr. de Vitrolles de que lo mejor que podia hacer era ponerse en camino con estas condiciones, se le facilitó una audiencia del emperador Alejandro. Habiendo querido Mr. de Vitrolles abogar durante esta audiencia con la arrogancia de los partidos victoriosos, por los antiguos colores y por la plena libertad del rey de Francia, saliendo el emperador Alejandro de su habitual dulzura, le dijo que los soberanos aliados no habian cruzado el Rhin á la cabeza de cuatrocientos mil hombres para hacer á Francia esclava de la emigracion; que, sin aspirar de ningun modo á imponerle un gobierno, se atendrian al dictamen de la autoridad del Senado, actualmente única admitida y admisible; que habiéndose valido de esta autoridad para destronar á Napoleon, no le pagarian con la ingratitude de destruirla tambien á ella; que, por otra parte, la autoridad del Senado era á sus ojos la única prudente, la única ilustrada, y que no habia otra que pudiera imprimir á cuanto se hiciera un carácter regular y nacional al propio tiempo; que, en suma, allí estaba el poder que habia derribado las puertas de París, cuyo po-

der era el de Europa, y que era forzoso sufrirlo, y, con especialidad, no inspirarle el sentimiento de haberse ya comprometido mucho á favor de los Borbones.

De buen grado contradijera estas razones Mr. de Vitrolles, á quien ahora parecia odiosa la influencia extranjera, después de no temer irle á buscar á Troyes, y que le juzgaba insoportable desde que daba sanos consejos. Sin embargo, no tenia que replicar nada, y se puso en camino, siendo portador de las condiciones del gobierno provisional, si bien esperanzado en rebajarlas mucho al tiempo de la ejecucion con ayuda de sus amigos.

La mas apremiante providencia de las que se debian tomar era redactar la constitucion. Importaba darse prisa, en primer lugar, para hacer definitiva la caida de Napoleon con darle á los Borbones por sucesores, y en segundo para ligar á los mismos Borbones á su vuelta, con sujetarlos á los principios de 1789. Esta doble idea de llamar á los Borbones, y de imponerles prudentes leyes, propagada por Mr. de Talleyrand, habia penetrado en todas las cabezas. Segun el plan primitivo el gobierno provisional debia formular el proyecto de constitucion. Para dar cima á esta tarea, se quiso asociar los miembros de mas luces y de mas crédito del Senado, y los congregó en torno suyo. A las primeras palabras pronunciadas sobre tan grave materia, se vieron surgir las ideas mas contradictorias, todas las que en 1791 dominaban los ánimos, y los arrastraban en diversos sentidos. Con efecto, la instruccion politica de Francia, sucesivamente interrumpida por el terror y por el imperio, se hallaba en suspenso hasta cier-